

Cuando abrió la boca

Cuando Rudolf abrió la boca, la gotita entró encabritada en ella. Quien la mirara dudaría de su cordura. Era aquella una diminuta gota de agua que hasta hacía un momento había reposado, tan tranquila, en una mesa encimera.

Así que la gota dio un salto, y la gravedad, o mejor la ausencia momentánea de su influencia, al igualar su salto en valor de g , la aceleración de la gravedad, la convirtió en una esfera diminuta.

Cayó directamente en la lengua del hombre, y descendió por su garganta, encaminándose hacia su esófago.

Posóse luego en la parte inferior de su estómago.

Y entonces empezó a lanzar diminutos, delicados tentáculos.

Los que saben de esto los llaman flagelos.

Aquellos flagelos eran tan pequeños que podían entrar en los espacios diminutos que hay entre las células del estómago. A través de ellos buscaron diminutos caminos que les llevaron a los delicados capilares sanguíneos que traían alimento y oxígeno a las células, y localizaron varios glóbulos blancos en la sangre que pasaba dentro de las paredes estomacales, y tocaron aquellos glóbulos, y les pusieron cositas aún más pequeñas dentro, y aquellos glóbulos siguieron su camino por el interior de las venas y de dirigieron al corazón, que los impulsó hacia otros órganos del cuerpo, mientras lanzaban cilios diminutos que entraban en células de tejido, musculares, neuronas o células madre.

En unos pocos minutos la gota voladora había llenado aquel cuerpo nuevo de su semilla. Estaba satisfecha. Si es que una gota de agua puede estarlo, claro.

El hombre, mientras tanto, había estado un buen rato en el suelo, muerto.

Luego, se levantó.

Y se largó de allí, y tras ella salió la pequeña Eva, su hija. Y tras ambos, su mujer, Henrietta.

En una habitación de un hotel de un complejo turístico de la costa noreste de una isla de un archipiélago situado cerca de la costa noroeste de África, bañado por el océano Atlántico.

Prólogo

Jacinto Quijano nació sin mandíbula inferior.

Su aspecto era bastante terrorífico⁵, lo que sumado a su obvia incapacidad para hablar, le convirtió en un hombre solitario que era tratado como un monstruo en su localidad natal, San Mateo, en la isla de Gran Canaria⁶.

Corría el final del Siglo XIX, y las leyendas de brujería y maldiciones propias de aquellos tiempos convertían a las personas deformes en culpables por definición: pruebas vivientes de algún inconfesable pecado *contra natura* de sus padres o antepasados.

En Gran Canaria, como en tantas islas, las relaciones amorosas entre parientes no son extrañas, y se dan mucho las bodas entre primos; sobre todo, como ocurre también en ciertas regiones de la península, para mantener la propiedad de las escasas tierras que posee la unidad familiar. Ello trae consigo descendencias con graves problemas relacionados con las enfermedades genéticas: retraso mental, demencia, taras intratables, etcétera, todo ello fruto de la consanguinidad. Sigue siendo relativamente frecuente encontrarte con esos errores genéticos vivientes hoy en día en los pueblos del interior de la isla.

Jacinto, aquel monstruo fruto de sucesivos cruces intrafamiliares, no era precisamente tonto. Muy al contrario, se trataba de un hombre inteligentísimo. La naturaleza, a cambio de su ausencia de habla, le obsequió con un gran talento científico y literario. Se carteaba con los grandes pensadores de su tiempo, y desde unas islas remotas que entonces solo servían a España para desterrar a los incómodos, llegó a hacer amistad epistolar con personalidades como Albert Einstein, Niels Bohr, Bertrand Russell, Max Planck o un joven Winston Churchill, que incluso viajaría a la isla después de la Gran Guerra para interesarse por la suerte de su amigo, que llevaba ya mucho tiempo fallecido por entonces.

El silencio forzoso de Jacinto le impedía exponer sus ideas en foros públicos, y aquello le condenó al ostracismo y la soledad. Su correspondencia, parcialmente documentada en la biblioteca del Museo Canario, era una de sus escasas vías de liberación, y le revela como una de las mentes más brillantes en los campos más punteros de la física de finales del Siglo XIX.

5 Quijano lo solucionaba en parte utilizando una máscara que le tapaba la parte inferior de la cara y que él mismo había diseñado. (N. del A.)

6 Posteriormente, y muy posiblemente a causa del maltrato que sufría en el pueblo por parte de sus supersticiosos vecinos, se trasladaría de la vivienda familiar a una propiedad costera que adquirió en el sur de la isla. Se supone que murió allí, en completa soledad, pero su cuerpo nunca fue encontrado. (N. del A.)

Su obra conservada –se perdió una parte en un incendio de la casa familiar en los años 40 del Siglo XX⁷– expresa bien a las claras sus cualidades de auténtico visionario. Intuyó fenómenos que cambiarían la historia de la ciencia, como el Efecto Fotoeléctrico o la Relatividad Especial. Y puede que su correspondencia con algunas de las mayores inteligencias del siglo les inspirara o incluso les diera pistas directas acerca de sus descubrimientos, aunque no podemos demostrarlo. Como Darwin fue espoleado por Russel Wallace, o Newton por Leibniz, es posible que Einstein o Planck lo fueran por Quijano⁸.

Jacinto Quijano es una de las personalidades más ignoradas y fascinantes que ha parido la tierra canaria. Su condición de monstruo le hace más conmovedor aún, y su imposibilidad para hablar nos indica cómo, a pesar de todos los pesares, la capacidad humana de lucha y superación no tiene límites.

Pero por lo que más nos interesa en este relato es cómo su mente única y realmente extraña, combinada con el coraje de un científico que se vio envuelto en un fenómeno inesperado, nos libró, generaciones después de su desaparición, de una catástrofe de consecuencias inimaginables.

Todo comenzó cuando se le ocurrió comprar ciertas tierras sin valor en la costa sureste de la isla de Gran Canaria. Tenía dinero para ello gracias a su herencia, y nadie se interesaba por aquel espacio baldío entre escarpas, en el que solo se levantaba una vieja casa de labranza abandonada, que adecentó, y en la que pasó los últimos días de su vida.

7 Tras la Guerra Civil, en Canarias se vivieron duras represalias por parte de falangistas, oportunistas, políticos y otros «asesinos del amanecer». En una de aquellas ejecuciones sumarias, que ocurrió cerca de la vivienda que había heredado de su familia, y donde se guardaba parte de su legado, a causa de unas chispas que saltaron de las balas disparadas, parte de la finca ardió. Al ser los ejecutores caros al régimen imperante, nunca se supo quiénes fueron los responsables del incendio, pero el resultado fue la pérdida de una gran parte de los escritos de Quijano. En 1947 los restos de su obra fueron trasladados al Museo Canario, donde actualmente están almacenados y en fase de catalogación. (N. del A.)

8 Un grupo de estudiosos actualmente intenta probar estos extremos. (N. del A.)



Retrato de Jacinto Quijano, inspirado por la única fotografía que se conserva de él

PRIMERA PARTE

DISCO I

Back in the U.S.S.R.
Dear Prudence
Glass Onion
Ob-La-Di, Ob-La-Da
Wild Honey Pie
The Continuing Story of Bungalow Bill
While My Guitar Gently Weeps
Happiness Is a Warm Gun
Martha My Dear
I'm So Tired
Blackbird
Piggies
Rocky Raccoon
Don't Pass Me By
Why Don't We Do It in the Road?
I Will
Julia

0 Órbita

El planeta Tierra se mueve muy rápidamente en su órbita alrededor del Sol, aproximadamente a 107.000 kilómetros por hora. En el vasto recorrido que repite cada año, nunca pasa por el mismo sitio, ya que el sistema solar tiene su propio movimiento junto con el brazo galáctico en el que se encuentra, a unos 2.000 kilómetros por hora, alrededor del centro de la Vía Láctea. Sin embargo, algunos objetos acompañan a nuestro planeta en su viaje eterno: los demás planetas del sistema solar, en su lejano corro, un montón de asteroides, polvo espacial, y cometas que nos visitan periódicamente. Todo ese cortejo lleva atravesando desde hace unos 10.000 años una inmensa nube de polvo interestelar.

Tres veces por siglo, aproximadamente, un pequeño cometa pasa cerca de nuestro planeta, para visitarnos durante unos días y luego marcharse, en una órbita elíptica muy excéntrica. Nadie ha visto lo que ocurre en la órbita terrestre cuando ese cometa pasa a nuestro lado, pero algo ocurre en el interior de su cola. Algo que distorsiona la imagen de las estrellas del fondo. Es como si tras él viajara un velo negro, pero sutil, una cortina hecha de algo casi inapreciable, pero suficientemente poderoso como para torcer un poco la luz que lo atraviesa. Torcerla y oscurecerla.

Ese velo negro, como si fuera una oscura mantilla española llena de ricas filigranas, otorga un ominoso reguero de oscuridad a la cola cometaria.

Nadie la ha visto nunca en el espacio.

En la Tierra, en cambio, han visto sus efectos. Limitados a un lugar muy concreto y aislado.

Afortunadamente.

1

Inconvenientes de no mirar al cielo

La gente de Las Palmas de Gran Canaria, capital cosmopolita de la isla de Gran Canaria, se ha olvidado de observar el cielo.

En parte por la contaminación luminosa de la ciudad que nos hurta la luz de las estrellas, y también porque mirar a los asuntos mundanos, ocuparte de tus cosas, parece en cierta medida incompatible con dejarte llevar por la negrura de la noche tachonada de luceros lejanos, mundos remotos que nunca alcanzaremos; la vida y su prosa nos fuerza a bajar la mirada. Ese olvido ocurre en todas las grandes poblaciones actuales, donde las gentes tienden a dar la espalda al entorno natural en el que viven y a acomodarse a la luz artificial y al asfalto, esa piel hecha de fósiles podridos de animales lejanos que nos sirve para tapar y esconder la tierra sobre la que vivimos.

Por eso nadie, o casi nadie, vio las luces que danzaron en el cielo aquella madrugada.

Un observador incidental diría que algunas estrellas en el cielo se pusieron a bailar por un tiempo hasta que, caprichosas, desaparecieron. El fenómeno podría ser descrito así.

Pero nadie sabía que aquella danza de estrellas fugaces era un efecto secundario de algo que estaba sucediendo en un lugar muy concreto de la isla de Gran Canaria. Un fenómeno periódico. Los seres humanos tenemos vidas cortas, y por eso nos resulta especialmente complicado apreciar los ciclos de períodos muy largos. El movimiento de los planetas lejanos, los acontecimientos geológicos, se nos escapan. Y nos es difícil poder apreciar cómo un fenómeno se repite cuando lo hace en plazos grandes.

Aquello ocurría una vez cada treinta y pocos años. Cerca de tres veces cada siglo.

El problema era que por primera vez iba a ocurrir en un lugar lleno de gente.

Porque alguien había construido un enorme edificio justo en la explanada donde aquel fenómeno tenía lugar.

Mala, muy mala idea.

En aquel entonces la isla llamada por algunos la Grande Canaria apenas tenía habitantes aún, excepto un puñado de tribus de aborígenes de origen desconocido, localizados en los siglos anteriores de forma intermitente por algunos navegantes fenicios, griegos y cartagineses que fondeaban temporalmente en las islas para avituallarse de la fruta que crecía en abundancia en los grandes bosques de laurisilva que cubrían todas las islas llamadas Canarias.

Detuvo su camino en aquella cala cerrada y estrecha un frágil esquife proveniente de la costa noreste de África, en el que varios curtidos hombres de raza bereber, arrastrados por una inesperada tormenta que casi les hizo zozobrar, regresaban de una fallida expedición de pesca artesanal. Su barca estaba inundada, por lo que necesitaría reparación, y la costa de la isla era el único lugar al que podían acercarse antes de irse a pique.

No sin esfuerzo, arrastraron la embarcación por la suave pendiente de la pequeña playa de arenas amarillas. Era un lugar aparentemente apacible, en el que el mar se remansaba, y tras la pesadilla que habían pasado a la deriva entre las islas occidentales, dieron gracias al destino por haberles permitido llegar a un lugar en calma.

Aparte de la playa, el lugar se remontaba hacia un lujurioso valle a través de un pasaje muy estrecho, y varios enormes farallones de roca casi inaccesibles llevaban a grandes extensiones, como terrazas naturales, cubiertas de selva, en las que abundaban los frutos carnosos. El acceso a aquellas zonas era complicado, así que los recién llegados dedicaron sus fuerzas sobre todo a reparar la embarcación para intentar regresar a la costa africana, y se alimentaron de la pesca que habían obtenido en el camino.

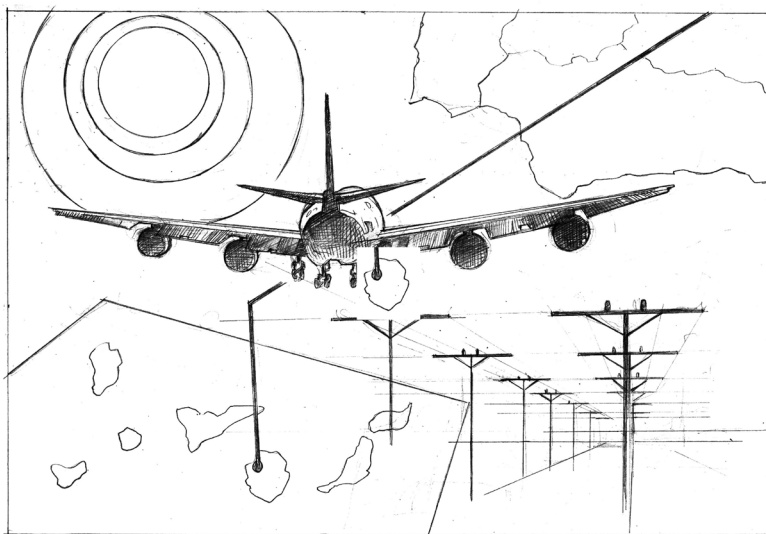
Aquella noche, bajo una luna llena, observaron un fulgor en el cielo, como una estrella desvaída, que Abdul, el propietario de la barca, no pudo identificar con ninguna estrella conocida, y eso que las conocía bien, pues las usaba para orientarse en la mar. Se tendieron a dormir sobre la arena de la playa, que conservaba el calor del sol absorbido durante el día y era confortable, dispuestos a partir al día siguiente, ya que los suyos, tras siete días de ausencia, estarían inquietos. Vivían en el mismo pueblo costero, y casi eran familia, por lo que se preocupaban unos de otros.

Y aquella noche fue cuando un animal se acercó a Ahmed, uno de los pescadores contratados por Abdul. Los gritos de Ahmed despertaron a los otros cinco hombres, que supieron luego que la bestia, que desprendía un espantoso olor y no pudieron identificar, le había atacado de alguna manera que no pudo aclarar a los demás,

ya que la criatura había huido en cuanto los demás se habían despertado. Con el paso de las horas Ahmed enfermó, y murió antes del amanecer. Asustados por lo sucedido, sus compañeros decidieron hacerse a la mar y dejarle allí. Podría tratarse de alguna enfermedad espantosa sin remisión. No sin precaución, enterraron a su amigo en la arena, cerca del inicio de la pared de roca que cerraba la playa.

Cuando amanecía se lanzaron al mar con la embarcación reparada, y mientras se alejaban de la costa vieron a lo lejos cómo Ahmed surgía de debajo de la arena y caminaba hacia ellos, primero a pasos torpes, luego cada vez más rápido. La arena lo cubría formando una costra, como si su cuerpo estuviera enteramente mojado. Ellos estaban ya a unos treinta metros de la costa, pero Ahmed se metió en el mar en su dirección, caminando y hundiéndose en las aguas. Dejaron de verle unos minutos para descubrir con horror que de alguna manera se había llegado a ellos, e intentaba subir a la barca, agarrándose al borde de su casco. Su aspecto era espantoso, el de un cadáver putrefacto por semanas de descomposición, y la barca estuvo a punto de zozobrar cuando consiguió meterse en ella. En la lucha desigual que siguió cayeron al mar y se ahogaron dos de sus compañeros. Ahmed fue arrastrado hacia el fondo marino.

Abdul y los otros tres supervivientes, a su regreso al poblado, contaron la extraña y terrible historia de cómo su amigo volvió de las garras de la muerte, regresó al mundo saliendo de su propia tumba, e intentó arrastrarles a todos al fondo del mar. Eso hizo que la isla conocida como La Grande fuera considerada como maldita por muchos pescadores africanos durante, al menos, diez generaciones. Si podían evitarlo, no faenaban cerca de sus costas.



2 IB813

El IB813 que salió desde la T4 del Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas, a Gando, Gran Canaria, había partido con cinco minutos de retraso sobre la hora prevista desde la pista 18L/36R a las 08:45. Había girado hacia el sur en un amplio arco, y llegado a su altura de crucero en menos de veinte minutos.

El comandante, un veterano con miles de horas de vuelo, manejaba casi con los ojos cerrados los controles del Airbus 320-200 recién adquirido por la línea aérea bajo la librea de Iberia Express, ante la atenta mirada del copiloto, un veinteañero que estaba ganándose horas y experiencia. El vuelo era casi totalmente instrumental y muy sencillo, pan comido para cualquier tripulación.

Las auxiliares de vuelo pasaron con el carrito lleno de viandas plásticas a precio de oro, con las forzadas sonrisas características de quien está a punto de terminar el turno.

El avión llevaba ya una hora de vuelo, habían pasado las turbulencias típicas de la salida de la Península Ibérica, y en los asientos 17A y 17 C, separados por un asiento vacío, había dos personas en un avión por lo demás a medio ocupar, como suele ocurrir en los períodos de transición de la temporada baja a la alta en las islas.

Eran Eduardo y Jenny. Él tenía casi cuarenta y cinco años y si le mirabas de reojo te recordaría inmediatamente a una versión bastante apañada de Jeff Bridges como “El nota”, el protagonista de la película “El Gran Lebowski”. Ella tenía casi dieciséis y era preciosa. Parecía mayor que su edad, cosa que a Eduardo le preocupaba bastante. Eran padre e hija y parecían sacados de una comuna *hippy* de los años sesenta.

Estaban relajados, sonrientes, y felices.

No era para menos. Se iban de vacaciones.

-Venga, que gracias a ella vamos a Olamarina.

-Te está sobornando.

-Jenny, recuérdame que me haga una prueba de ADN a ver si eres hija mía.

-Pues claro, viejito. Terca, tozuda, inflexible, igualita que tú, querido.

-No, estás describiendo a tu madre.

-Ella no está aquí para defenderse.

-Tienes razón.

-La echo de menos.

-Yo también.

-¿Por eso vamos a ver a tu *amiga*? ¿Por las vacaciones gratis?

-Eso ha sido un golpe bajo, cariño.

-Será que salgo a mamá.

-Es una vieja amistad... y tuya también, no lo olvides. Has jugado con ella desde que tenías uso de razón.

-Sí, pero no me acuerdo. Los niños no guardan memoria de sus vidas hasta los siete años o así.

-Redicha.

-Gracias.

-Sí que te acuerdas, porque tenías ocho años, no te hagas la loca ahora, que lo hemos hablado varias veces. Cuando estábamos por la isla te echaste un novio, se llamaba Joaquín, tenía tu edad entonces, bueno uno menos; siete años tenía el chavalín. Se alojaba con sus padres en el hotel en que nos quedábamos. Hacíais buena pareja. Muy serios los dos.

-Sigo sin acordarme.

-No te conviene.

-O te estás quedando conmigo, y el tal Joaquín te lo estás inventando ahora mismo. Capaz eres de eso.

-No cuela, preciosa. Bueno, en serio, que Elena quiere verte también para pedirte consejo.

-¿Consejo? ¿A *moi*?

-Me ha pedido que le busque un inversor para un trasto que está construyendo. Y tú puedes ayudarnos con ideas. Tienes la cabeza más fresca que nosotros.

-Que tú, seguro. ¿De qué se trata?

-Un aparato para móviles. Me lo explicó, creo, pero no le hice mucho caso. Algo para mejorar la cobertura.

-Oye, que es broma.

-¿Broma? ¿El Qué?

-Que Elena me cae muy bien. Caes siempre en mis trampas. Eres el tipo más tonto del mundo para esas cosas. Vale, vemos a Elena ¿Y luego vacaciones, viejito?

-Y luego vacaciones, *viejita*.

-¿Elena vendrá a vernos a Olamarina también?

-Un par de días ¿Por qué no? Nos recoge, nos lleva, nos deja su *suite*... Si te parece, le digo que no.

-Bueno, si nos trae y nos lleva, vale. ¿E iremos a Las Palmas?

-Claro que sí, que lo pasaremos bien, ya verás. Además, tú adoras Gran Canaria.

- Quiero ir a Vegueta.
- Vale. Ahora ponte los auriculares y déjame leer un rato, anda.
- Siempre tan encantador, padre.
- Salgo a ti, hija.
- Ja-ja-ja.

Eduardo recuperó la lectura de la *Historia de la Física Cuántica, I. El Período Fundacional (1860-1926)*, de José Manuel Sánchez Ron, que había comprado un par de días antes en la librería Paradox, de Madrid, uno de sus sitios favoritos en el castizo barrio de Chamberí. El libro se ocupaba de una etapa de la historia de la física, y en extensión de la historia del saber humano, que le interesaba mucho; un tiempo de cambios en el que toda una visión del mundo se derrumbaba para siempre en manos de unos hombres que apenas podían atisbar las consecuencias de los descubrimientos que estaban realizando sobre la naturaleza de la materia. Unos descubrimientos que ahora eran parte de la vida cotidiana de la gente, en sus ordenadores, sus *tablets* o sus teléfonos móviles. Las cosas más extrañas e inesperadas pueden ocurrir cuando estás buscando una cosa, y encuentras otra. Serendipias. La corta⁹ historia de la Ciencia está llena de esas casualidades.

Jenny se puso los auriculares y siguió escuchando el Álbum Blanco de los Beatles. Su padre le había contagiado muchas cosas, casi todas ellas buenas. Y el gusto por The Beatles era uno de los virus más fuertes que le había inoculado.

Aparte de por tocarle las narices a Eduardo, algo en lo que estaba especializada, sobre todo desde que había entrado en la pubertad, Jenny no tenía nada en contra de aquel viaje. Mas al contrario, le parecía realmente genial aquel plan de pasar un par de semanas en Olamarina, el lujoso complejo de *time-sharing*¹⁰ de reciente creación, situado a medio camino del sur turístico de la isla de Gran Canaria, un lugar de ensueño para una chica de su edad. Si su padre quería estrechar relaciones con su amiga Elena, bueno, no había problema. Elena le caía bien; era inteligente, divertida, guapa, y, caray, adorable. El tiempo de llorar a su madre, fallecida cuatro años atrás, nunca pasaría, pero la vida debía continuar su camino. Su padre tenía todo el derecho del mundo a seguir adelante, y Elena... bueno... Elena no era la peor de las opciones.

9 Sí, corta. Se considera que la ciencia moderna, entendida como tal, empezó a andar a mediados del siglo XVII. Por lo tanto, es un saber nacido hace menos de 400 años. Y la humanidad tiene historia escrita desde hace 5.000.

10 El Time-sharing o multipropiedad es un ingenioso y polémico sistema en el que un grupo de personas se ponen de acuerdo para adquirir un espacio de vivienda en una zona turística por un previo extremadamente reducido. A cambio, pueden disfrutar de su uso durante un período de tiempo limitado cada año. Olamarina es uno de los complejos más exitosos de este tipo existentes en Gran Canaria, y suele atraer a turistas de clase media-alta. Hay otros complejos de similares características en la isla, como Anfidelmar. (N. del A.)

Y sí, se acordaba perfectamente del pequeño Joaquín, y de que habían sido novios a los ocho añitos, y que se habían intercambiado anillos de papel platina, un recuerdo que le hacía ruborizarse. Se preguntaba qué aspecto tendría aquel crío, tras tantos años. Se habían conocido en unas vacaciones. Sus padres eran, recordaba, del País Vasco, y nunca volvieron a verse. Y le dio un saltito el corazón en el pecho a Jenny. En fin, cosas de los primeros amores, que ella jamás confesaría al pesado de su padre.

Miró durante unos instantes a aquel *hippy* de sonrisa perenne que la acompañaba y que le había pegado una forma de vestir que le encantaba. Para ella, su padre era un tipo razonablemente guapo. Alto, fornido, con gafas de empujón... Nadie diría que era uno de los ingenieros más afamados del país. Su trabajo en el CERN había sido clave para los experimentos que llevaron al descubrimiento del Bosón de Higgs. No le darían ningún premio por ello; los ingenieros no se llevan los honores que van a manos de los científicos, aunque sus trabajos sean cruciales para los descubrimientos de la ciencia, sobre todo en los tiempos de los aceleradores de partículas y las sondas espaciales, que implican la colaboración de miles de expertos. «*¿Qué sería del mundo sin los ingenieros!*» decía a veces Eduardo, llevándose las manos a la cabeza en una actitud que la hacía partirse de risa.

Jenny entendía a medias el trabajo de su padre en el CERN, y eso que era buena estudiante, pero sabía que se necesitaba al menos un primer año –y pico– de físicas para comprenderlo en toda su magnitud. Y seguramente acabaría estudiando eso, física. Eduardo no solo le había contagiado el amor por los Beatles.

Cerró los ojos para intentar descansar un poco antes de que el avión tomara tierra, arrullada por *While My Guitar Gently Weeps*. Habían madrugado y ella odiaba tener sueño atrasado.



3

El Segundo evento

La ciudadana alemana Durka Schnutt no miraba nunca al suelo.

Era una superstición que venía de su más tierna infancia, cuando fue acosada en su colegio de Múnich por un profesor, un proceso que la dejó marcada psicológicamente, y que ocultó siempre a sus padres, fallecidos años atrás. Desde entonces, mirar al suelo en todo momento le daba seguridad, la hacía sentir sumisa, como suponía que los demás deseaban que fuera.

Ahora, a los cincuenta y pico, aquella manía de encorvarse, de mirar hacia el suelo en todo momento, se había enquistado en ella, tornándose en una conducta neurótica, pero que no afectaba gravemente a su calidad de vida, excepto por lo que la gente podía murmurar al verla pasar, camino del restaurante del hotel.

Era la primera vez en veinte años que se tomaba unas vacaciones. Le gustaba el suelo de aquel lugar. La moqueta era elegante, el césped brillante, las baldosas de un gres bonito y reconfortante.

Era una experta en relajarse mirando hacia abajo.

Aunque aquella madrugada, su vieja *manía* le costó cara.

Porque por eso no vio cómo las gotas de agua de la ducha bajo la que se refrescaba –era insomne y las duchas la relajaban– parecían haberse vuelto locas.

Aquellas gotas en vez de caer al suelo, subían alrededor de su cabello, flotaban en el aire, volvían a descender con gracia, y se deslizaban suavemente por su piel, llegando a las comisuras de su boca, y poco a poco, con paciencia, entraban dentro de ella.

Durka tardó unos doce minutos en morir.

